

“¡QUÉ HERMOSA NOTICIA!”. EL SEGUNDO ANUNCIO Y EL ARTE

Antonio Scattolini¹

UNA HERMOSA SORPRESA

El congreso del Equipo Europeo de Catequistas, que tuvo lugar en Celje en Eslovenia, en mayo del 2015, tenía como tema la conversión. La reflexión se centró sobre algunos relatos de adultos que descubrieron y redescubrieron la fe: pues bien, entre los diversos factores significativos que contribuyeron a la conversión de dichas personas, en tres de los cuatro relatos presentados se mencionaba la belleza artística. Ciertamente, ello supuso para los participantes una hermosa sorpresa. En el relato de Alejandro se lee la importancia de la iglesia románica de Santa Sofía de Padua, de los cuadros y de un crucifijo medieval. Florence, arquitecto de profesión, en su narración habla de su “*enamoramiento del arte románico francés*” de la región de Saone-et-Loire y de su itinerario de preparación al Bautismo, acompañada por Cecile, una catequista que tuvo la intuición de poner de manifiesto su gusto por el arte. En cambio, Octavia, de origen rumano, cuenta el clima de propaganda atea en los últimos

1 Presbítero. Diócesis de Verona. Profesor del Istituto Superiore di Scienze Religiose “San Pietro Martire” y el Studio Teológico San Zeno. Coordinador del servicio para la Pastoral del arte “Karis” de la diócesis de Verona. El artículo original se encuentra en: Antonio Scattolini, “*Ma che bella notizia!*”. *Il secondo annuncio e l'arte*, in *Il secondo annuncio. Generare e lasciar partire*, «Esperienza e teologia» 30, gennaio-dicembre 2014, Il Segno, 57-80.

años de Ceausescu, y el hecho de que en su memoria permanece viva la devoción de su abuela hacia un icono, punto de referencia para la oración. Lo cierto es que también en el cuarto relato, el de Monia, se hace referencia a su representación de Dios, asociada a la imagen de un juez severo.

Estos testimonios nos hacen reflexionar sobre el hecho que, contrariamente a cuanto se piensa, no tan sólo en el arte sino también en el pensamiento contemporáneo, constatamos un emerger de una nueva sensibilidad espiritual (aunque quizás, posiblemente, en forma de integrismo religioso). De hecho, los sociólogos advierten que "*se nota algo sagrado en el ambiente*" y los filósofos reflexionan sobre ello: se advierte la aparición de nuevos movimientos religiosos, una proliferación de creencias, una búsqueda individual abierta al fascinante mundo de Oriente. En el mundo artístico, en los últimos años, se están multiplicando las exposiciones, las iniciativas, los debates académicos, las publicaciones, las creaciones atentas e inspiradas, más o menos explícitamente, al patrimonio cristiano. Indudablemente, en muchos casos se trata de una espiritualidad desligada de las grandes religiones o de los dogmas tradicionales y que se difumina en el New Age; se habla también de una "trascendencia inmanente", que se sitúa en un plano diferente del de la fe. De todos modos, no podemos por menos que alegrarnos de este clima cultural y artístico, atento a la experiencia interior, a la mística, al deseo de una salvación que llega a la gente. Estamos llamados a acoger y a meditar sobre este resurgir nuevo e imprevisible del "espíritu" manifestado en las creaciones artísticas, ya no sólo del pasado, sino también del presente².

Los relatos citados nos inducen, de hecho, a pasar de la hermosa sorpresa a la reflexión pastoral: en este clima cultural, actualmente, ¿puede el arte desempeñar un papel importante en el descubrimiento / redescubrimiento de la fe? ¿Por qué? ¿En qué condiciones? Sobre tales preguntas queremos tratar de interrogarnos, buscando analizar la relación entre la belleza del arte y la belleza del anuncio cristiano³.

2 Cf P. FILLIOT, *Art contemporaine et spiritualité*, Scala, Lyon, 214, 4-15.

3 Entre los diversos documentos del magisterio reciente dedicados a este tema remitimos al texto fundamental (*Instrumentum Laboris*) del Pontificio Consiglio della Cultura: *La via de la bellezza. Camino di evangelizzazione e di dialogo*, a cargo de G. MURA. Urbaniana University Press, Ciudad del Vaticano 2006

UNA GRAN BELLEZA

Desde los inicios de la humanidad, el arte ha constituido la principal manifestación del espíritu humano, mucho antes de la invención de la escritura⁴. Desde el momento mismo en que la arqueología redescubre algún resto prehistórico, ligado al culto de los muertos o de la fecundidad (por ej. La Venus de Willendorf), nos damos cuenta inmediatamente que ya no nos encontramos en presencia de un animal, sino de un hombre. Estas “huellas muestran una voluntad simbólica que también nosotros podemos leer y descifrar claramente como un anhelo de inmortalidad”⁵. Justamente porque el arte va más allá de las necesidades primarias, es por lo que, desde los orígenes, ella nos permite distinguarnos de los demás seres vivos y por lo que revela nuestra especificidad humana. En efecto, el arte manifiesta la trascendencia del espíritu, llevando a cumplimiento el proceso de transfiguración de la materia que está en el centro de toda actividad auténticamente humana. Incluso en la realización de los utensilios más sencillos, nuestros antepasados buscaron no sólo la funcionalidad, sino también la belleza. Los artesanos de la piedra, del bronce, del hierro, etc. fueron “creativos”, capaces de contemplar la materia y transformarla en forma poética, de manera que expresase los significados más profundos. “Los ritos fúnebres, las tumbas, los objetos depositados en las tumbas, son testimonios de sentimientos de alteridad y de afecto en relación con los difuntos, pero son también signo de la creencia en una vida *post-mortem*. El Homo Sapiens da pruebas de haberse convertido en *Homo religiosus*”.

Posteriormente, cada civilización ha expresado justamente en el arte, y expresado al máximo nivel, su originalidad, es decir, su modo de concebir y habitar el mundo, de orientar la existencia humana, de testimoniar sus valores y sus esperanzas. “El arte es un gesto sagrado que da respuesta concreta a la exigencia fundamental del hombre, superar la propia condición limitada y absurda, poder participar en la eternidad, es decir vivir en plenitud”. La creatividad

4 Cf M. QUENOT, *Des images à l'image (Icône)*, en *Pour une foi, quelle culture? Quand Dieu s'invite dans l'art et les medias*, de P. M. DES MAROLLES – F.X. AHMERDT, Academic Presse, Fribourg 2015, 176

5 G. CARINI, *Teologia dell'arte. Il cuore della condizione umana e la radice della posizione moderna*. Citadella, Asis 2012, 27

humana ha creado obras maestras artísticas que representan en muchos casos las cumbres de una cultura y se convierten en símbolos inequívocos de ella.

Desde siempre, los artistas han tratado de interpretar en la belleza las expectativas de la humanidad, sus esperanzas, sus tragedias. Así es como podemos vivir una singular forma de encuentro con otros hombres, más allá del espacio y del tiempo, no sólo a través de los documentos escritos de la filosofía y de la ciencia, sino también a través de los testimonios artísticos que nos han legado los arquitectos, escultores, pintores, músicos y poetas. Podemos entrar en diálogo con mundos diversos y épocas lejanas, cuando entramos en diálogo profundo con aquello que han creado los artistas⁶.

De forma especial, como ciudadanos italianos debemos estar agradecidos a los artistas de todos los tiempos y de cada región por los tesoros que nos han dejado en herencia, por todo aquello que han expresado y cultivado del espíritu humano: "Nuestro país no es el más hermoso del mundo [...] porque posea muchas obras únicas de arte excelente, sino porque representa un tejido continuo, único en el mundo, de iglesias, edificios, patios, paisajes". Probemos a preguntarnos hasta qué punto seríamos más pobres sin la arquitectura románica o barroca..., sin la pintura del Giotto y de Leonardo..., sin la escultura de Donatello o de Miguel Ángel..., sin la poesía de Dante y de Leopardi, sin la música de Vivaldi y de Verdi... Nosotros vivimos, habitamos y nos movemos en compañía de toda esta "gran belleza".

Nuestro riquísimo patrimonio artístico no sólo nos hace gustar alegría y paz, sino que representa también un extraordinario recurso formativo: "*l'image nous forme, nous informe, nous transforme*". El encuentro con una obra de arte puede convertirse verdaderamente en experiencia de escucha de la vida, celebración de sus momentos más significativos (nacimiento, amor, muerte...), encarnación de valores, umbral hacia el infinito. Los artistas animados por el deseo de lo "bello" fueron siempre "escultores de humanidad"⁷. Por eso es tan importante cuidar su legado. También el Papa Francisco, en la encíclica *Laudato Si'*,

6 Cf T. MONTANARI, *Istruzioni per l'uso. Il patrimonio culturale e la democrazia che verrà*, Minimum Fax, Roma 2014

7 Cf P. VALADIER, *La Beauté fait signe. Arts. Morale. Religion*, Cerf. París 2012, 162.

habla de una ecología cultural y se extiende sobre la importancia de custodiar el patrimonio artístico:

Junto con el patrimonio natural, hay un patrimonio histórico, artístico y cultural, igualmente amenazado. Es parte de la identidad común de un lugar y una base para construir una ciudad habitable. No se trata de destruir y de crear nuevas ciudades supuestamente más ecológicas, donde no siempre se vuelve deseable vivir. Hace falta incorporar la historia, la cultura y la arquitectura de un lugar, manteniendo su identidad original. Por eso, la ecología también supone el cuidado de las riquezas culturales de la humanidad en su sentido más amplio. De manera más directa, reclama prestar atención a las culturas locales a la hora de analizar cuestiones relacionadas con el medio ambiente, poniendo en diálogo el lenguaje científico-técnico con el lenguaje popular. Es la cultura no sólo en el sentido de los monumentos del pasado, sino especialmente en su sentido vivo, dinámico y participativo, que no puede excluirse a la hora de repensar la relación del ser humano con el ambiente.⁸

Incluso las creaciones artísticas pueden constituir, para quien sabe acogerlas, una fuente bendita de sentido, de libertad y hasta de fe, a las cuales toda persona, creyente o no creyente, puede abrirse, ya sea porque quede encantada por la serenidad de un fresco del Beato Angélico o bien porque se sienta impactada por el drama de un cuadro del Bosch⁹. “La imagen es como una puerta que permite al mundo de Dios comunicar con el del hombre”¹⁰.

Todas las creaciones artísticas, no sólo las de tema cristiano, representan un llamamiento, una llamada, para aquel que busca y se deja sorprender. Son los mismos artistas los primeros que viven esa llamada interior en la fase de concepción y realización de una obra: ellos “dan testimonio de sentirse habitados por esa presencia, por esa alteridad que se sitúa en el origen de su obra”. Se

8 PAPA FRANCISCO, *Laudato si'*, n.º 143

9 Cf M. LONSDALE, *En chemin avec la beauté. Les trésors de ma vie*. Philippe Rey, París 2007, 51.69.

10 A. DALL'ASTA, *Dio storia dell'uomo. Dalla Parola all'immagine*, Messaggero, Padua 2013, 162.

llega incluso a hablar de "inspiración" tanto si se refiere o no a una obra de arte sacro.

Una obra de arte puede ser, pues, inspirada por una especie de alegría, por una crisis por defecto o por exceso, por una iluminación espiritual, por algo inefable que lleva a los artistas a interrogarse y buscar luz más allá, por encima de los límites de lo racional o de lo "ya dicho", "porque las imágenes toman forma, se colorean, sugiriéndome lecturas inéditas de la realidad que me rodea. Estas obras me abren la mirada, me hacen ver el mundo. Me llevan más allá, empujan mi vida a superar la contingencia. En cierto modo, me hacen volar"¹¹. A propósito de esto, Romano Guardini, en referencia al concepto de *catharsis* asociado a la antigua tragedia griega, afirmaba que cada "obra de arte auténtica conmueve de manera nueva lo íntimo del espectador, lo purifica, lo reordena, lo ilumina".

Por esa razón los artistas pueden conmover nuestro corazón: porque sus historias son también nuestras historias, su fe es también nuestra fe. Como creyentes reconocemos en el arte cristiano no sólo una manifestación de la "creatividad" del hombre, hecho a imagen y semejanza de Dios, sino también un sacramento de la Encarnación y de la Pascua, por la cual toda realidad humana se encuentra místicamente vinculada a la humanidad de Cristo. Aquello que para un no creyente puede ser únicamente un extraordinario objeto de arte, para nosotros los cristianos resulta un verdadero y propio documento/monumento de la Tradición, que expresa un eco de aquello que el Evangelio ha suscitado a lo largo de los siglos y aún hoy nos sigue interpelando¹².

El cristianismo, en veinte siglos, no solamente ha elaborado un pensamiento teológico o formulado dogmas, no sólo ha instituido una liturgia, no solo ha engendrado santos y santas: también ha suscitado belleza artística, mucha belleza"¹³. De ese modo, innumerables autores cristianos, conocidos y anónimos,

11 S. SPADONI, *Esperienze. Lo sguardo degli artisti è il caleidoscopio che dà senso al mio campo visivo*, en *Educare all'arte. Immagini. Esperienze. Percorsi*, a cargo de C. FRANCUCCI – P. VASSALLI, Electa Milán 2009, 94.

12 Cf QUENOT, *Des images à l'image*, 187.

13 Cf E. KITZINGER, *Il culto delle immagini. L'arte bizantina dal cristianesimo delle origini all'iconoclastia*, La Nuova Italia, Scandicci (Fi), 1992,3.

antiguos y contemporáneos, nos han entregado hasta hoy obras hermosas, obras buenas, obras verdaderas¹⁴. Con ellas nos han ayudado, y nos siguen ayudando, a buscar y descubrir la presencia del Señor en los momentos de nuestra vida, que pueden llegar a ser vivencias de fe. El arte puede representar entonces un hermoso puente lanzado hacia la fe. La palabra bella expresada con el color o con la piedra, puede convertirse así en palabra verdadera, palabra buena, y asumir el valor de un testimonio de la “buena noticia”, donde el lenguaje artístico se halla en singular sintonía con el mensaje.

En efecto, el arte es un “lujo”, un “exceso”, no es una cosa “necesaria”, sino que es de esa “gratuidad” de lo que el hombre tiene más que nunca necesidad y es eso lo que vincula el arte con el Evangelio. Esta es la suprema función del arte: hacer participar al hombre de lo divino, hacer “a la eternidad finalmente accesible al hombre”. Como afirma Von Balthasar: “El Dios de la Revelación cristiana no viene a nosotros ante todo como Maestro (de verdad) y ni siquiera como Redentor (para nuestro bien). Viene ante todo a causa de Sí mismo: para mostrar y hacer brillar la gloria de su amor trinitario eterno, en un horizonte de total gratuidad que el verdadero amor tiene en común con la belleza”¹⁵.

La palabra del Evangelio está dentro de la belleza artística de forma original: por eso no siempre es fácil o inmediato comprender lo que es y lo que dice una obra, y aquello que es providencial. En esta afanosa búsqueda por interpretar su mensaje se halla el más bello reconocimiento del arte como algo que “permite alcanzar el misterio, construir un umbral”¹⁶. Frente a una obra de arte, estamos invitados a ir más allá de nuestros prejuicios estéticos, culturales, confesionales, más allá de nuestras representaciones. Acoger la “novedad” de la obra significa, pues, aceptar dejarnos interpelar por ella, significa escucharla, significa ejercitar nuestro espíritu crítico; se necesita disponibilidad, atención, tiempo para entrar el mundo humano y de fe de quien la ha encargado y de quien la ha realizado, para conocer “la finalidad para la que se creó y el

14 Cf QUENOT, *Des images à l'image*, 187.

15 Citado en *L'Art un enjeu pour la foi*, de R. DU CHARLAT, Editions de l'Atelier, París 2002, 10

16 C. DE CARLI, *Paolo VI e l'arte*, en *Cultura, teología e storia del Cristianesimo. Sintesi, studi e insegnamento*, A. Gianni, Centro Ambrosiano, Milán 2005, 172.

uso que se ha hecho de ella". Por eso, una creación artística exige aprender a ser paciente tanto en la fase de su creación, como en la fase de su recepción, que puede ser ciertamente inmediata, pero que necesita luego tiempos de profundización tranquilos y prolongados para ser comprendida, evitando que llegue a ser malentendida¹⁷.

Además, los verdaderos artistas nos atestiguan que para crear belleza no es suficiente la habilidad técnica sin el cultivo de la interioridad. Si es cierto que tan sólo desde lo profundo del corazón provienen las orientaciones y las energías para ser artísticamente creativos¹⁸, esto mismo resulta igualmente cierto para poder disfrutar auténticamente del arte, en un proceso de exégesis infinita, siempre en continuo devenir.

Conscientes de que cada obra desvela y simultáneamente esconde el misterio que representa¹⁹, podemos aprender a convertir nuestra mirada a la maravilla, contra todo prejuicio, que no permite descubrir realmente la obra: las puertas cerradas de nuestro cenáculo con frecuencia esperan únicamente del arte confirmaciones y respuestas que enmarcan, y reaseguran, y por eso mismo no respetan la alteridad de una creación. Al contrario, sólo la apertura a la sorpresa es la actitud pascual que encuentra verdaderamente la belleza: entonces puede tener lugar un encuentro imprevisible "sobre el camino de Damasco" que nos ilumina, que nos deja sorprendidos, que nos hace abrirnos a lo nuevo y desconocido, que plantea interrogantes, como han narrado los relatos de conversiones anteriormente citados. Y, puesto que "*toute oeuvre reste imparfaite, lacunaire, inachevée*"²⁰, y son los propios artistas quienes nos la confían, es por esta su naturaleza de ser siempre incompleta por lo que el arte tiene en común con la fe el dinamismo de una búsqueda nunca agotada, que tiende siempre a un "más allá". "El arte revela el surgir de un espacio de deseo, que se manifieste

17 Cf N. HEINRICH, *Le paradigme de l'art contemporain. Structure d'une révolution artistique*, Gallimard, París 2014, 186.

18 Un autor que ha enfrentado de manera original la cuestión de la facultad fantástica, inventiva y creativa, que van a la par junto con la imaginación artística es B. MUNARI, *Fantasia. Invenzione, creatività e immaginazione nelle comunicazioni visive*, Laterza, Roma-Bari 2007.

19 QUENOT, *Des images à l'image*, 203.

20 VALADIER, *La Beauté fait signe*, 163

sta en una búsqueda continua [...] el arte se hace así camino, promesa ofrecida a cada hombre de un sentido que nunca puede considerarse definitivo”. Quizás justamente en virtud de esta tensión podemos descubrir también algo que se encuentra dentro de nuestra modernidad.

UNA FE HERMOSA

Pero, ¿en qué sentido la belleza artística puede ser un recurso a revalorizar con vistas al anuncio de la fe? Debemos señalar que hoy día muchos cristianos se han alejado de fe a causa de una representación sofocante, indigna, fea que han recibido de otros, o quizás que ellos mismos se han creado. En relación con estas personas, un segundo anuncio implica el compromiso de comunicar una fe hermosa, deseable, que sabe dar razón no sólo de la sensatez, sino también de lo gustoso del Evangelio.

Estas consideraciones nos impulsan a intuir que quizás la belleza, y la artística en particular, puede llegar a ser una preciosa aliada con vistas a la propuesta de una fe hermosa²¹. Por esa razón el Papa Francisco, en el número 167 de *Evangelii Gaudium* escribe:

Es bueno que toda catequesis preste una especial atención al «camino de la belleza» (*via pulchritudinis*). Anunciar a Cristo significa mostrar que creer en Él y seguirlo no es sólo algo verdadero y justo, sino también bello, capaz de colmar la vida de un nuevo resplandor y de un gozo profundo, aun en medio de las pruebas. En esta línea, todas las expresiones de verdadera belleza pueden ser reconocidas como un sendero que ayuda a encontrarse con el Señor Jesús. No se trata de fomentar un relativismo estético, que pueda oscurecer el lazo inseparable entre verdad, bondad y belleza, sino de recuperar la estima de la belleza para poder llegar al corazón humano y hacer resplandecer en él la verdad y la bondad del Resucitado.

Sobre este particular, André Fossion afirma que es importante redescubrir el “cristianismo de la gracia”, es decir una experiencia de fe que se caracterice no

21 Cf A. FOSSION, *Ri-cominciare a credere*, EDB, Bolonia 2004, 103

tanto por una observancia temerosa ni siquiera por una excesiva acentuación del empeño por el testimonio, sino que sepa dejar traslucir la gratuidad, la delicadeza de una fe que antes que nada debe ser disfrutada²².

Así pues, es propiamente dentro de este horizonte donde podemos comprender mejor cómo el encuentro con la belleza artística puede jugar un papel decisivo en la propuesta de una fe bella y humanizadora, puesto que nos recuerda que la fe misma es "*un affaire de goût*"²³, una cuestión de gusto, es decir que está arraigada en una experiencia sensible, es un dinamismo que condensa el deseo positivo que conduce al hombre a descubrir, a gozar, a compartir. El Evangelio es propuesta que atrae y alegra. Las experiencias pastorales con el arte realizadas en estos años nos lo demuestran.

Se trata de propuestas con la connotación de un primer elemento basilar, el de la libertad.

El arte, que "ya de por sí es una expresión de libertad", está dotado de una delicadeza que no se impone, sino sólo se propone. Cada persona que se enfrenta a una creación artística es invitada a acogerla, pero no puede nunca ser forzada a hacer que le guste. El arte participa de aquella bendita "fragilidad de los signos que Dios da para que sea reconocido".

También es igualmente decisivo y típico, un segundo elemento implicado en una actividad de anuncio con el arte: el de la gratuidad. Quien propone el encuentro con el arte no puede nunca pretender meter la mano sobre la obra y ni siquiera sobre las reacciones que la misma suscita. Un anuncio con el arte resulta verdaderamente una gran oportunidad en tal sentido, puesto que sitúa la evangelización en un espacio de absoluta gratuidad y de libertad: sin duda este horizonte es la condición cultural de la plausibilidad de la fe cristiana en la Europa contemporánea.

Finalmente, un tercer elemento que caracteriza un anuncio con el arte es el de la hospitalidad, la hospitalidad recíproca que tiene lugar entre obra y per-

22 Cf A. FOSSION, *Ri-cominciare a credere*, 29-31

23 M. SCOUARNEC, *La Foi, Un affaire de goût. Annoncer l'évangile et proposer la foi aujourd'hui*, L'Atelier, París 2007, 14.

sona. Frecuentemente, son las personas más ajenas a los círculos eclesiales, hombres y mujeres que menos tienen “los papeles en regla”, quienes se dejan sorprender e implicar por la belleza artística. Repitémoslo una vez más: el arte es un lenguaje pertinente a la buena noticia y adaptado a un anuncio de periferia, en el cual todos y todas pueden reconocerse, más allá de su nivel de instrucción, basta con “prestar fidelidad y confianza”.

En este sentido, alargando e incluso llevando al extremo el discurso, sorprende constatar hasta qué punto algún reconocido crítico de arte, al hablar de las obras de los maestros de las vanguardias afirma que los artistas

No exigen al espectador una comprensión analítica, una elaboración intelectual, racional. Piden la fe, piden creer, independientemente de cualquier indagación posterior, que aquello que proponen es en verdad arte. Irónica es a veces la desesperación del espectador no especializado que, frente a tales episodios, protesta que no comprende, puesto que verdaderamente en aquello que no comprende con frecuencia no hay nada que comprender”.

Con esto no se pretende negar cuanto se ha afirmado precedentemente sobre la importancia de la reflexión y del pensamiento, se pretende tan sólo rebatir que no es sólo la titulación de los estudios de una persona lo que la hace “*capax*” de acoger el anuncio mediante el arte²⁴, sino más bien la disponibilidad confiada para hospedar y dejarse acoger por la belleza artística²⁵.

No obstante, debemos en cambio constatar cómo el anuncio de la fe con frecuencia no es hermoso porque se halla todavía prisionero de un *lenguaje* prevalentemente *cognitivo y doctrinal* de la fe. Pero, actualmente, en un contexto

24 Cf GUARDINI, *L'opera d'arte*, 44-45.

25 Son prueba de ello las repetidas experiencias vividas con personas aparentemente alejadas de estos horizontes, como por ejemplo los encarcelados o los inmigrantes extranjeros y que a veces han permitido compartir caminos de fe inolvidables e intensísimos. La experiencia formativa/espiritual que lleva por título *Il bello che è in noi*, realizada en colaboración con la asociación La Fraternidad para los detenidos de la cárcel de Montorio, en ocho encuentros entre abril y mayo de 2013, sigue siendo en tal sentido una de las más interesantes promovidas por el Servizio per la Pastorale del Arte-Karis de Verona.

en el cual la afirmación de la existencia de Dios ya no es un dato culturalmente evidente, es necesario redescubrir tanto *el lenguaje típico del kerigma*, así como también *el lenguaje narrativo y autobiográfico* de la fe, porque el Evangelio no es Evangelio si no es un relato que se entrecruza con los relatos humanos. Es necesario también que redescubramos un *lenguaje apologetico*, pero entendido en sentido positivo, es decir como capacidad de presentar el mensaje central del cristianismo de manera culturalmente plausible.

Pero, sobre todo, tenemos necesidad de valorar mayormente el *lenguaje simbólico*, que es el típico de la liturgia. Es el lenguaje que nos permite experimentar lo que dice el salmo 34,9 "Gustad y ved". "Especialmente en la liturgia [...] la Iglesia ha hecho uso del arte [...] utilizando signos y símbolos que paulatinamente han ido constituyendo su lenguaje en función mistagógica y catequística"²⁶. Este lenguaje es el más apropiado no solo para expresar, sino también para experimentar la fe cristiana, para percibir, sentir, celebrar la presencia y la acción del Señor. En este ámbito es donde se ubica precisamente también el lenguaje del arte, puesto que "*l'art visual peut conduire à Dieu ou en éloigner*" (el arte puede llevarnos a Dios o alejarnos de él)²⁷. Esto es tanto más válido para nuestro tiempo y nuestra sociedad en la cual "asistimos a una hiper-iconicidad causada por la proliferación sin precedente de las imágenes, propuesta por los medios de comunicación [...] todo se vuelve imagen". En este contexto estamos convencidos que un proceso de anuncio atento al arte puede convertirse en recurso precioso no sólo desde el punto de vista cultural, para permitir que las obras "continúen hablándonos, provocándonos, educándonos, formando nuestra humanidad y nuestra cultura"²⁸, sino que incluso, nos sirvan para una reeducación del pensamiento y del lenguaje simbólico²⁹.

Y, puesto que todo ello debe encarnarse dentro de nuestro tiempo y dentro de nuestra cultura, estamos llamados a estar atentos también a las expresiones artísticas contemporáneas, como nos lo recuerda el Papa Francisco en Evangelii Gaudium 167:

26 V. VIGORELLI, *Chiesa, liturgia e arte oggi*, en *Cultura, teologia e storia del Cristianesimo. Sintesi, studi e insegnamento*, a cargo de Gianni, Centro Ambrosiano, Milán 2005, 162.

27 QUENOT, *Des images à l'image*, 200.

28 T. MONTANARI, *A cosa serve Michelangelo?* Giulio Einaudi, Turín 2011, 123.

29 Cf E. BIEMMI, *Il secondo annuncio. La mappa*. Bologna 2013, 117

“Es deseable que cada Iglesia particular aliente el uso de las artes en su tarea evangelizadora, en continuidad con la riqueza del pasado, pero también en la vastedad de sus múltiples expresiones actuales, en orden a transmitir la fe en un nuevo «lenguaje parabólico». Hay que atreverse a encontrar los nuevos signos, los nuevos símbolos, una nueva carne para la transmisión de la Palabra, las formas diversas de belleza que se valoran en diferentes ámbitos culturales, e incluso aquellos modos no convencionales de belleza, que pueden ser poco significativos para los evangelizadores, pero que se han vuelto particularmente atractivos para otros”³⁰.

Todo ello para seguir siendo fieles al Señor Jesús, que además de haber entrado en la historia, asumió plenamente una identidad cultural: vivir la gracia del Evangelio quiere decir situarse con mucho gusto dentro de la propia cultura, también la artística (que, como ya hemos señalado, es todavía hoy sorprendentemente riquísima de referencias bíblicas, no sólo en los ambientes eclesiales, sino también en los espacios públicos)³¹. Lo cual significa considerarla plenamente adaptada al Evangelio, ni más ni menos que las culturas artísticas del pasado, ni más ni menos que estar necesitada de ser evangelizada. “Es necesario tener plena confianza en la contemporaneidad”³². Sobre el particular escribe Paul Valadier: ““Cualquiera que confíe en el poder del espíritu humano, y especialmente en aquellos que tienen la gracia de apoyar su reflexión sobre el recurso de una fe religiosa, no puede desesperarse de la época, ni de los seres humanos que la habitan”³³.

La actitud que suscita el Evangelio con respecto a la propia cultura es de simpatía ilustrada, y la simpatía es también la actitud de fondo a mantener con relación a los artistas contemporáneos, con sus talentos y sus límites. La sabiduría, que proviene del don del Espíritu, se manifiesta como capacidad de discernir aquello que en sus creaciones es humano o inhumano, aquello que humaniza o deshumaniza, aprendiendo a “reconocer en las diversas formas

30 PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* 167.

31 Cf J. COTTIN, *La mystique de l'art. Art et christianisme de 1900 à nos jours*, Cerf, París 2008, 181.

32 DALL'AST, *Dio storia del uomo*, 163

33 VALADIER, *La Beauté fait signe*, 221.

de la cultura actual aquel rayo de luz, aquel soplo vital, que se presentan como signos del paso de Dios en la historia del hombre³³. Al mismo tiempo, este hecho nos incita a repensar qué formas artísticas, hoy, pueden ser creadas con miras a un anuncio que sepa ser culturalmente significativo, renovando y sin romper con la tradición³⁴.

PARA UNA VIDA BELLA. LOS CINCO ÁMBITOS

Esta fe bella puede convertirse en objeto de un anuncio para una vida bella, en compañía de la belleza y del arte: es decir, es posible prestar con el arte una atención especial a aquellos momentos fundamentales de la vida que hayan sido individuados, en la perspectiva del *Segundo anuncio*, como posibles umbrales de la fe. Por esa razón se ha constituido el *Équipe Ottogono*³⁵, que ha asumido la tarea del seguimiento del proyecto quinquenal en su vertiente artística. Así se llevó a cabo el acompañamiento de la Semana Nacional de Santa Cesarea Terme – Otranto y los Tres Días de Desenzano (Mericianum), específicamente dedicados a aquellos que se dedican al Segundo Anuncio mediante el arte. Las obras seleccionadas y los comentarios elaborados en tales contextos se transforman luego en un itinerario anual articulado en algunos encuentros de tarde (5/7) propuestos por el *Servizio della Pastorale dell'Arte-Kariz* de la diócesis de Verona. En 2014 se hizo realidad un primer itinerario a partir de la experiencia del *Generare e lasciar partire*. El compromiso ha continuado en el 2015 concentrándose sobre la dimensión humana del *Errar* (en el doble sentido del término). En el 2016 está previsto el desarrollo de los otros temas: el de los *Afectos y lazos* (Unirse, abandonar/ser abandonados), luego,

34 Cf M.J. COLONI, *La catéchèse par l'image dans les cultures*, en *Pour une foi, quelle culture? Quand Dieu s'invite dans l'art et les médias*, a cargo de P. M. De Marolles – J. B. Des Roziers – F. X. Ahmerd, Academic Presse, Fribourg 2015, 205-221.

35 El *Équipe Ottogono* se halla compuesto por ocho personas que aseguran diversas competencias que se armonizan y se integran para este servicio pastoral: D. ANTONIO Scattoloni y Silvia d'Ambrosio son los responsables de la Kariz de Verona, Andrea Nante es Director del Museo Diocesano de Padua y Cristina Falsarella es Directora del Ufficio Beni Culturale de la Diócesis de Vittorio Veneto; don Luca Palazzi, liturgista, y Gabriela Romano son el Director y la Secretaria del Ufficio Catechistico de Módena, expertos en la formación de adultos; finalmente Ester Brunet e Yvonne zu Dohna representan al mundo académico respectivamente del Marcianum de Venecia y de la Universidad Gregoriana de Roma.

en el 2017, el *Apasionarse y compartir* y finalmente la realidad de la *Fragilidad y la muerte*, en el 2018. Para cada uno de estos ámbitos se consideran una decena de obras que de algún modo guardan relación con las experiencias pastorales propuestas durante la Semana Nacional de Santa Cesarea Terme. El criterio de elección se basa sobre una combinación de dos obras a ser presentadas durante cada encuentro, con grupos de adultos: la primera obra, no tomada del repertorio del arte cristiano, debe ayudar a evocar la experiencia humana individualizada durante el año, en cambio la segunda intenta proponer una palabra de Evangelio, tal y como el arte ha sabido interpretarla (ej. *Primeros pasos* de Van Gogh y *San José Carpintero y Jesús* de La Tour en referencia al tema de engendrar y dejar partir un hijo). La dinámica del encuentro implica antes que nada una fase considerada proyectiva, invitando a cada participante a realizar un breve trabajo autobiográfico escrito suscitado por el primer impacto con el arte (se pide qué evocan las obras con relación a la propia vivencia personal y si conllevan una palabra evangélica); viene a continuación una profundización histórico-artística, iconológica y actualizadora guiada por expertos; un tercer momento prevé una intervención de algún testimonio vinculado al tema de la tarde; al finalizar todos pueden compartir algún eco de aquello que han descubierto en el encuentro con las obras de arte. La fecundidad de este proceso viene refrendada por las verificaciones y las significativas resonancias que los participantes remiten a los organizadores. El modelo de estos encuentros es exportado a diversos ambientes, incluso por medio de la utilización de fascículos que contienen los comentarios de las obras seleccionadas. Lo importante es poder contar con animadores formados como “compañeros de viaje” de adultos que emprenden caminos de formación.

UN HERMOSO MÉTODO

Llegados a este punto queda por desarrollar mejor la cuestión relativa al método. Para este aspecto podemos hacer referencia a las múltiples experiencias propuestas desde hace algunos años por el Servizio per la Pastorale dell'Arte-Karis de Verona, y a la aportación de la reflexión catequística vinculada con el proyecto Segundo Anuncio³⁶.

36 Cf *Il secondo Annuncio: la mappa*, a cargo de E. BIEMMI, 115-117.

Antes que nada, estas prácticas nos han hecho estar atentos al tipo de mirada específica que dirigimos hacia el arte en el contexto del anuncio. Se trata de una triple mirada, que por comodidad y por exigencias de sencillez, llamamos ética, estética, evangélica. Somos conscientes que esta formulación se presta a algunas críticas (por ejemplo, sobre el significado restrictivo que atribuimos al término "estético"), no obstante, hemos constatado cómo esta triple articulación puede ayudarnos a enmarcar ágilmente la cuestión.

Se trata en primer lugar de dirigir hacia el arte una mirada ética, es decir que se concentre sobre la vivencia del sujeto que mira. No estamos interesados tanto en hacer una lección académica (existen otras instituciones y agencias que lo hacen); estamos interesados más bien en encontrar las obras a partir de nuestra vida. Más allá de las intenciones originales de los autores, si aprendemos a situarnos *delante* de las obras con ojos de niño, las mismas impresionan nuestros sentidos (ver), suscitan emociones (sentir) y evocan experiencias: en resumen, nos hablan incluso antes de que conozcamos el autor y la proveniencia. En el arte existe una densidad humana de ethos, de expectativas, de desilusiones, de amor, de alegría, que puede recuperar nuestra vivencia personal. Las obras, como si fueran baldes, pueden bajar a lo profundo de nuestro pozo interior, para hacer surgir *el agua viva* que allí se halla recogida³⁷. Así puedo descubrir "la relación de la luz exterior con la luz interior, descubro que ese sublime interior está dentro de mí y aquel yo soy, soy yo [...] Me he visto poseído por el temor y el temblor porque soy yo, aquel Cristo de Mantegna soy yo, aquel Cristo de Grunewald en Colmar soy yo". Este rescate de vivencias realizado por el arte, para el hombre "influye sobre su disponibilidad interior para el cambio, confirma su voluntad de transformación y le promete realización". Para hacer funcionar esta mirada ética podemos preguntarnos: "¿Qué vemos? ¿Qué sentimos? ¿El encuentro con esta obra evoca alguna de nuestras vivencias personales?"

Una segunda mirada, que llamamos estética, es aquella que se dirige más en profundidad. Ninguna obra de arte es neutra. Es siempre el resultado de un acto creativo que implica la elección de un sujeto, el planteamiento de una cierta composición, la utilización de una técnica (fresco, mosaico, escultura,

37 QUENOT, *Des images à l'image*, 183-184.

pintura sobre tela, etc.), la adopción de un lenguaje específico y de un estilo (románico, cubista, etc.) un horizonte cultural y espiritual que debemos tratar siempre de reconstruir para respetar la obra por lo que es, sin instrumentalizarla o someterla a nuestras lecturas, siempre parciales. Muchos históricos del arte, muchos críticos se han ocupado de la naturaleza de esta mirada estética, haciendo referencia incluso a diversas corrientes de pensamiento³⁸. Es necesario no descuidar nunca esta atención histórico-artística e iconográfica para cultivar una mirada atenta no sólo a aquello que tenemos delante, sino también a lo que está *detrás* y lo que está *dentro* de una obra. Para llevar a cabo esta mirada estética nos preguntamos: “¿Qué podemos comprender?”.

Una tercera mirada es la evangélica. En un proceso de anuncio estamos llamados a acoger la “bella noticia” que la obra puede dirigirnos a nivel de fe. Y esto no solamente sucede con las obras de arte cristiano. Captar un reflejo del Evangelio no significa que deba confrontarse necesariamente con imágenes de tema religioso. Existen “iluminaciones profanas” y existe una dimensión transversal de la espiritualidad que no está confinada en los recintos de ninguna religión³⁹. Por eso, más allá de los símbolos religiosos o de los bien conocidos códigos de lo sagrado, es bueno que cultivemos una mirada que sabe captar el Evangelio en la laicidad, una mirada que sabe captar a Dios en lo humano, tal y como viene expresado en la belleza del arte. Esto nos hace ir más allá de la obra. Para practicar esta mirada evangélica puede ser útil preguntarse: ¿Esta obra, nos comunica un Palabra evangélica/Buena Noticia?”.

Finalmente, es indispensable concluir toda experiencia volviendo con las personas ante la obra y preguntarse: “¿Qué queda dentro de nosotros?, ¿qué nos llevamos del encuentro con la belleza artística?”.

La experiencia de estos años nos ha hecho descubrir hasta qué punto es importante entrenarse en este arte de la contemplación hecho de silencio, recogimiento, apertura de los sentidos, de la mente y del corazón⁴⁰. La triple mirada que deseamos cultivar sobre el arte favorece por una parte el encuentro

38 Cf J.-L. CHALUMEAU, *Les théories de l'art. Philosophie, critique et histoire de l'art de Platon à nos jours*, Vuibert, París 2009.

39 Cf FILLIOT, *Art contemporaine et spiritualité*, 114.

40 Cf GUARDINI, *L'opera d'arte*, 35.

auténtico con la belleza de las obras, por otra parte, actúa también sobre los sujetos implicados, activando en ellos una confrontación con su interioridad y el deseo de llegar a ser "bellos" a su vez.

Estamos verdaderamente convencidos de la preciosidad de este entrenamiento de la mirada, que, a partir de la belleza artística, nos abre incluso a la capacidad de acoger la presencia del amor divino, puesto que como afirmaba Riccardo di San Vittore "*Amor oculus est et amare videre est*".

De ese modo es posible experimentar que "la auténtica relación con la obra de arte desemboca en algo religioso"⁴¹.

Sucede, así, de vernos alcanzados por los reflejos de aquella luz evangélica que se halla embebida de carne, de cuerpos, de miradas, de abrazos, de tierra, de caminos, de casas. A partir del evento de la Encarnación sabemos que la realidad humana, toda ella, se ha convertido en sacramento de su presencia. Cada experiencia humana, incluida la artística, se ha vuelto digna de ser contemplada y amada, como enseñaba el Papa Pablo VI⁴².

¡Cuántas obras de arte, sin representar a Cristo lo evocan! Hemos constatado que la creación artística figurativa (pero también una música, un paso de danza) puede ofrecer, puede sugerir, puede suscitar dicha evocación, cuando representa, aún más transfigura, algo humano. Entonces un rostro, un gesto se vuelve sacramento de su presencia. Y con todo, es fundamental enfrentarse también con obras de tema explícitamente cristiano, ya sea bíblico, litúrgico, moral o espiritual. Cuando el arte cristiano no ha sido sometido solamente a fines instrumentales de proselitismo o de propaganda, rebajándose a mera ilustración, ha sabido dejar de percibir algo de la belleza del Evangelio, hasta el punto de que podemos hablar en términos de una verdadera y propia "diaconía"⁴³.

Debemos tener presente que ninguna obra de arte, ni siquiera el más espiri-

41 Cf GUARDINI, *L'opera d'arte*, 49.

42 Cf DE CARLI, *Paolo VI e l'arte*.171

43 Cf D. FACERIAS, *Insurrection de la beauté*, Le Passeur, París, 2013, 267.

tual y teológico de los iconos (como por ejemplo la imagen akeropita/Mandylion)⁴⁴, puede mostrarnos a Cristo, del cual no poseemos ningún retrato, ni encontramos en los Evangelios ninguna nota relativa a su fisonomía. Todo lo más, como hemos dicho, el arte puede evocar, remitir, dejar transparentar. Eso puede suceder en la combinación de tres elementos: la intención del autor y de los que la encargaron, la calidad artística de la obra; finalmente el tema mismo. Pero si la obra no es observada con la triple mirada, estética, ética y evangélica, la misma queda oscurecida, muda, muerta, al menos para la fe.

BUENAS PRÁCTICAS

Teniendo en cuentas los resultados de las verificaciones, las consideraciones que hemos hecho sobre el método pueden ayudarnos también a identificar los criterios para poner en marcha buenas prácticas de anuncio “en el arte”.

- Una buena práctica de anuncio en el arte es siempre *encarnada*, porque intuye y reconoce qué obras y qué páginas del Evangelio pueden llegar a ser más elocuentes, es decir más significativas y sabrosas con referencia a la experiencia de las personas implicadas.
- Una buena práctica es siempre *pascual*, porque hace resurgir lo humano, reactivando los sentidos y las emociones, contra la anestesia y la esclerocardia, enalteciendo la unidad de la persona, haciendo descubrir el gusto por la vida incluso a quien ya no busca en ella ningún sentido.
- Una buena práctica es siempre *pentecostal*, porque se caracteriza por un trabajo orquestal, nunca llevado a cabo por solistas, en el intercambio de los saberes y de las competencias humanas, abriéndose siempre a ulteriores confrontaciones.
- Una buena práctica tiene una *orientación profética*, es decir se deja provocar por la palabra del arte para releer la palabra de la vida, y se deja provocar por la palabra de la vida para releer la palabra del arte.

44 QUENOT, *Des images à l'image*, 192-194.

- Una buena práctica *restituye la palabra* a la obra, a los autores que se hallan en su origen, y a los destinatarios de ayer y de hoy, para escribir nuevos comentarios sobre las páginas blancas que siguen estando disponibles para los destinatarios del mañana.
- Una buena práctica *convierte a las personas en compañeros de viaje* entre sí, aceptando no saberlo todo y no poder decirlo todo, ni de la obra ni de quien la mira; así en el encuentro nos dejamos evangelizar por el arte de los otros.
- Una buena práctica no tiene como fin producir algo, *tiene sentido en sí misma*, para celebrar la vida del mismo modo que lo hace el arte y como lo hace también la liturgia.
- Una buena práctica es *apocalíptica* por hace entrever anticipadamente aquello que no se ha realizado aún y promete algo que, de manera misteriosamente consoladora, *acaecerá*⁴⁵.

BUENA GENTE

Finalmente, un último y decisivo elemento sobre el cual reflexionar es el tema de los "compañeros de viaje", que en la propuesta de un anuncio con el arte debe ser antes que nada "buena gente". En particular, quien trabaja en este ámbito debe cultivar cuatro competencias.

La primera es la competencia humana: un segundo anuncio exige siempre anunciadores capaces ante todo de *evitar el juicio*. En nuestro caso específico ya hemos señalado que quien propone el encuentro con el arte debe siempre respetar profundamente la obra y contemporáneamente aquello que sucede a las personas de frente a una representación, incluso cuando la misma pueda hacer surgir miedos, cerrazón, sentido de culpa, agresividad. "El poder del arte es el poder de la sorpresa, que desorienta"⁴⁶: quien le es asiduo no puede no dejarse sorprender él el primero.

⁴⁵ Cf GUARDINI, *L'opera d'arte*, 47-48.

⁴⁶ S. SCHAMA, *Il potere dell'arte. Le opere e gli artisti che hanno cambiato la storia*, Mondadori, Milán 2007, 6.

Gratuidad, libertad, hospitalidad deben ser características que distinguen ante todo a quien anima un encuentro con la belleza artística, un *maestro* que no olvida nunca su condición de *discípulo*, consciente de estar siempre en humilde búsqueda, sin pretensión de poder decir frente a la vida, al arte y a Dios: “Lo he comprendido todo”⁴⁷.

Luego, ciertamente, es necesaria también la competencia artística: más allá del gusto por lo bello, quien se mueve en este ámbito debe ser no sólo un apasionado, sino también un conocedor del arte. Saber leer una obra, reconocer el estilo, ubicarla dentro de un horizonte histórico y cultural, ofrecer referencias iconográficas, y otras por el estilo, son habilidades a ser cultivadas. Sin pretender que solamente quien tiene tres licenciaturas, una en estética, otra en historia del arte, y otra en iconografía etc. pueda hacer anuncio con el arte, es evidente que al menos un mínimo de competencia en este campo es necesario. Sobre el particular es bueno aprender a documentarse y también a valorar los estudios y títulos de las personas que pueden colaborar con quien anuncia.

Una tercera competencia es la teológica. El arte cristiano ha interpretado el Evangelio, ha expresado un pensamiento teológico, ha servido a la liturgia, ha asumido fines morales, ha cultivado la espiritualidad personal de los diversos miembros del pueblo de Dios. En efecto, no basta disponer de una hermosa representación artística del Credo⁴⁸ para recorrer un camino de fe si uno no se halla capacitado para interpretarla inteligentemente con miras a reformular el *depositum fidei*. Hoy más que nunca, resulta decisiva la oferta de un anuncio capaz de interpretar y de dar razón del mensaje de fe contenido en el arte para los adultos de nuestro tiempo, para hacer memoria, para suscitar el debate, y favorecer la apropiación de la fe inteligente y sabrosa, capaz de ofrecer respuestas que correspondan a los verdaderos interrogantes del hombre actual.

Por último, es necesaria una competencia catequística, es decir, conocer y saber gestionar los procesos formativos de los adultos, las fases de un encuentro, la atención al contenido/procedimiento/clima, etc. A veces el crítico

⁴⁷ Cf. CARINI, *Teologia dell'arte*, 96.

⁴⁸ Cf. R. MATAACCHI, *Il Kerigma cristiano nell'iconografia del Credo in Italia*, Cantegalli, Siena 2008.

de arte más experto o el teólogo más refinado se desmoronan en el acompañamiento del camino de las personas porque se empantanar en "lecciones palabreras" que producen como único resultado saturar y cansar a los participantes. Destacar el valor del arte significa resaltar el pensamiento humano y la teología contenida en una obra para hacerla interactuar con la vida de las personas, "según un orden y un movimiento que sean significativos para el lector [...] Aquello que se anuncia necesita que corresponda de manera vital con lo más profundo de la conciencia humana"⁴⁹.

COMO BROCHE DE ORO: SEIS OBSERVACIONES PARA FINALIZAR

Antes de concluir consideramos pertinente señalar algunas observaciones que no carecen de importancia.

La primera se refiere al cuidado en la elección de las obras de arte que queremos valorar en el campo del anuncio. En efecto, existen diversas tipologías de obras y no todas tienen el mismo valor "kerigmático", con respecto a los destinatarios, a los objetivos, al contexto, etc. Simplificando, podemos distinguir cuatro tipos de obras de arte: el icono, el ciclo narrativo, la imagen moderna, la obra abstracta/no figurativa. No podemos en este momento tratar el aporte específico de cada una de las tipologías en particular profundizando en sus características. Bástenos recordar que la elección de una obra no se improvisa: la utilización de un mosaico de una cruz de Rávena no es lo mismo que un crucifijo del Cimabue o de la Crucifixión de Picasso, o el Grito de Munch⁵⁰.

La segunda se refiere a las representaciones religiosas de los adultos. Se debe tener presente que una obra de arte, al nivel de la fe, puede afectar a un mundo interior formado no solamente de verdades dogmáticas: las representaciones religiosas habitan en nuestro interior⁵¹, y son el resultado de una historia compleja y de una cierta educación, están influenciadas por la pertenencia so-

49 B. SESBOÜÉ, *Credere. Un invito allá fede católica per le donne e gli uomini del XXI secolo*. Queriniiana, Brescia, 2008, 8.

50 Cf CARINI, *Teología dell'arte*, 243-253.

51 Cf QUENOT, *Des images à l'image*, 189.

cial, tienen una connotación afectiva, orientan nuestro actuar⁵². Confrontarse con las representaciones artísticas de tema religioso es una cuestión delicada: hay que prestar atención y ser respetuosos con respecto a los contenidos, al método y el clima con el que se vive el encuentro con una obra. Pero cuando esto sucede, hemos podido constatar hasta qué punto las imágenes pueden verdaderamente desempeñar un papel importantísimo en la reelaboración de las representaciones religiosas, no sólo de los adultos.

La tercera observación consiste en una sugerencia. En el ámbito del anuncio con el arte normalmente nosotros utilizamos obras que representan (por ejemplo, una página del Evangelio, un dogma, una virtud, etc.). Quizás debamos comenzar a pensar también en dar valor a obras que en cambio hagan vivir una experiencia (por ejemplo, la dimensión de la fragilidad, o de la alegría, etc.). Éste es un campo que merece una reflexión específica y sobre el cual tendremos que implicarnos más en el futuro, porque algunas experiencias vividas en estos años con el arte contemporáneo nos desafían a dar pasos hacia adelante en esta dirección.

Otra observación final queda reservada a la iconoclastia. Quien trabaja en el campo del anuncio con el arte, si por una parte debe apreciar y valorar las imágenes como “iconos” del espíritu, tal y como nos enseñan nuestros hermanos de las iglesias ortodoxas, por otra debe mantener una sana conciencia iconoclasta, siguiendo el ejemplo de nuestros hermanos cristianos de las iglesias protestantes. De hecho, como recuerda Jean-Luc Marion, cada pintura es por su naturaleza un ídolo: “El problema de la pintura es que es necesariamente idolátrica, porque refleja el objeto del deseo”⁵³. En efecto, una obra de arte responde a una necesidad de visibilidad que caracteriza al hombre de todo tiempo, aunque de modos y formas diversas; el artista es aquel que sabe iluminar algo que el ojo desea ver. Así se activa una especie de auto-visión, característica típica del ídolo, del cual la Escritura toma distancias, porque “nadie nunca ha visto a Dios” (Jn 1,18). Toda imagen de Dios, incluso la ar-

52 Cf E. BIEMMI, *Compagni di viaggio. Laboratorio di formazione per animatori, catechisti di adulti e operatori pastorali*, EDB, Bolonia 2003, 50-165.

53 J.L.MARION, *Sur l'état contemporain de la peinture*, en Observatoire foi et culture de la Conférence des Evêques de France, *L'art contemporain et la foi: un dialogue difficile?*, Parole et Silence, Paris 2014, 55.

tícticamente más genial, es una imagen humana. Tan sólo Cristo es "el icono" del Dios invisible (Col 1.15), puesto que él no es el objeto de nuestra mirada, sino el sujeto que nos revela la mirada que el Padre tiene sobre nosotros. Sin seguir profundizando en la cuestión, nos limitamos sólo a esta observación, que sugiere una actitud de sano redimensionamiento frente a cualquier fascinación idolátrica vinculada al empleo del arte en el ámbito del anuncio.

Quinto: en tiempos en los que, con frecuencia y de buena gana, se buscan visiones extraordinarias, con estas experiencias de anuncio con el arte, proponemos "contentarnos" con las visiones de la belleza representada en formas y signos perceptibles para los ojos ordinarios. Si bien es cierto que lo esencial es invisible a los ojos, así también es cierto que la belleza artística nos ayuda a asomarnos más allá de lo visible, porque la misma es capaz de evocar la vida, así como también la fe, dándoles visibilidad y transfigurándolas.

Por último, juzgamos importante retomar un pasaje sobre la mirada sobre el cual ya nos detuvimos anteriormente, compartiendo un dato significativo que apareció en la verificación de una iniciativa de anuncio con el arte de hace algunos años. Al término de una serie de encuentros centrados sobre algunas obras maestras de la pintura relacionadas con el misterio de la Navidad, un adulto que trabajaba en la banca manifestó delante de todos que el proceso seguido sobre estas pinturas había "convertido" su mirada, haciendo que prestase mayor atención a su mujer y a sus hijos. A partir de este recuerdo, podemos manifestar que la experiencia de estos años nos ha convencido de que una cierta mirada dirigida a la belleza artística puede convertirse en un antídoto contra la banalidad y los estereotipos⁵⁴, puede educarnos ciertamente a ser "buenos", es decir capaz de ver el bien. (cf (Mt 6, 22). Se trata, pues, de una preciosísima educación a lo maravilloso, convencidos de que "de aquí surge la educación a la escucha, a la apertura hacia una dimensión que nos supera, la dimensión del otro hasta el supremo otro". De todo ello, esperamos que pueda nacer una mirada nueva no solamente sobre las imágenes, sino sobre todo sobre la imagen de Dios por excelencia que es el hombre.

54 QUENOT, *Des images à l'image*, 186.

ESTUDIOS

